

Diligis me plus quam tua? Me amas tú más que á tus bienes, tu honor y tu reputación, *plus quam tuos*, más que á tus parientes, tu familia y tus amigos, *plus quam te*. *Serm. 76. in Cant.* más que á tus comodidades, tu salud y tu vida? Otros muchos doctores creen que Jesucristo preguntó á San Pedro si lo amaba más que los apóstoles presentes, sus futuros subordinados, queriendo significar por esto, que el pastor debe exceder en el amor á Dios á todos aquellos que le están sometidos. Después de la respuesta que le dió San Pedro, testificándole que le amaba, el divino Maestro añadió: «Apacienta mis ovejas, *Pasce oves meas*» No dijo, como hace observar San Gregorio de Nazianzo, que viva de su rebaño. «Es propio del mal pastor el decir: yo beberé la leche y me vestiré con la lana, apacentándome á mí mismo y no al rebaño. ¹» No le dijo; «Apacienta tus ovejas,» sino «Apacienta mis ovejas,» para que comprenda que el pastor debe mirar el rebaño, no como suyo, sino como el de Jesucristo, abrevado en la fuente de sus santísimas llagas. «Os ha establecido obispos para regir la Iglesia de Dios que ha adquirido con su sangre. ²» De este modo, el amor á Dios le inspirará el amor á los subordinados en consideración á Dios. Le hará también promover el culto de Dios, primeramente en su catedral, y en seguida en las otras iglesias que dependen de él: porque cómo podría exigir de los curas que sus iglesias estén decentes, decoradas, que se celebren los oficios con regularidad, si ven que la catedral que debería servir de modelo, está descuidada; ni hay en ella orden, ni se celebran allí las ceremonias con el decoro debido? Lo mismo puede decirse de los otros actos de religión, de las procesiones, rogaciones, salmodias, sacrificios; atendido que es menester dar el ejemplo con las acciones y no solamente excitar á los otros por las palabras.

Al Sumo Pontífice y al metropolitano le debe el respeto.

¹ Scelerati enim pastoris est dicere, lac comedam et lana induar meipsum pascens, non gregem. Orat. 6.

² Posuit episcopus regere Ecclesiam Dei, quam adquisivit sanguine suo. Act. XX, 22.

No debe hacer pesar su autoridad sobre aquel que apela de su tribunal al del Papa, perseguir así á los apelantes que usan de su derecho, ni vituperar los pensamientos de los superiores porque son contrarios á los suyos. Que haga observar las leyes canónicas, pero primero que observe él las que tocan á los obispos, en particular la reforma hecha por el Concilio de Trento: y entonces exigirá del clero la observancia de las que corresponden á los eclesiásticos, y al pueblo hará que observe las que son comunes á todos. Atended que no se puede dispensar de estas leyes, sino en tanto que ellas mismas lo permitan; porque aquí viene bien un axioma muy cierto que «el inferior no dispensa de una ley dada por su superior. ¹» Que si la *epikeia*, la costumbre, la necesidad, la falta de tiempo para recurrir al superior confiere algunas veces el poder de dispensar, de conceder licencias, de transportar las fiestas, de no ayunar en cuaresma y otras cosas semejantes; debe saber que tales autorizaciones no pueden darse si no es «en conocimiento de causa, después de maduro examen y gratis; de otra manera la dispensa sería subrepticia. ²» Sus dispensas serán pues ilícitas y nulas, cuando no estén fundadas sobre una razón sólida; y entonces, en lugar de librar á los subordinados del pecado, quedará él mismo envuelto en el pecado de sus inferiores.

EXHORTACIÓN

á la perseverancia, después de los Ejercicios.

El Acis es una corriente de agua, célebre entre los poetas, famoso entre los Estoicos; y brota del seno del Etna, sin ponerse ni aun tibia cerca de ese grande horno que destruye y derrite hasta las piedras más duras. El agua perma-

¹ Inferior non dispensat in lege superioris.

² Causa cognita ac summa maturitate atque gratis, aliter dispensatio subreptitia censetur. Trid. Sess. 25. fer. cap. 18.

nece fresca y fría, más de lo que pudiera estarlo si saliese del lado de un monte nevado el más inmediato al Polo. «Ningún río es más frío que el Acis aunque tenga su origen en el Etna. ¹ « Esto es una maravilla de la naturaleza: así también fué un milagro de la gracia que los tres niños hebreos saliesen sanos y vigorosos del horno de Babilonia, sin haber sentido, no digo el ardor, pero ni aun el calor de sus llamas. Mas, sería un verdadero milagro de la malicia humana si algunos saliesen de los Ejercicios espirituales de donde han sacado tanto fervor, con la misma frialdad con que habían entrado. En cuanto á mí, creo que os juzgaría muy mal, si me persuadiese que durante estos días que habeis pasado, no habíais concebido un ardiente deseo de servir á Dios y de salvar vuestra alma. Lo más difícil es perseverar en el bien comenzado, porque ninguno obtiene la corona con sólo comenzar; pues sólo el que persevera hasta el fin será coronado. «No es el que haya comenzado bien, sino el que persevere hasta el fin, el que será salvo. ² » La perseverancia en el bien, y que es necesaria para salvarse, es un puro don de Dios: bien podreis pedirla y obtenerla, pero nunca llegareis á merecerla *de condigno*. ¿Cuáles son, direis, las disposiciones que se requieren para obtener un don tan precioso? Combatir según las leyes, os responde el Apóstol. «No se coronará, sino al que haya combatido bien.» ³ Un capitán, para alcanzar en una guerra una victoria decisiva, y la corona del vencedor, debe armarse, resistir, y retirarse á tiempo. Pues otro tanto debeis hacer: armaros con la frecuente recepción de los sacramentos, resistir á los malos hábitos, y huir las ocasiones del pecado. Estos son los tres medios que os propongo para obtener la perseverancia en el bien, y para ganar la corona de gloria que Dios os ha preparado antes de todos los siglos si perseverais hasta el fin.

¹ Acien, quamvis demissum Ætna, nullus amnis frigore antevertit. Solin. Cap. 53.

² Qui perseveraverit usque in finem hic salvus erit. Matth. XXIV 13.

³ Non coronabitur, nisi qui legitime certaverit. II. Tim. II, 5.

I

El primer medio consiste en proveerse de armas de buen temple para emprender el combate. Muchos son los enemigos interiores y exteriores que se han conjurado para hacerlos prevaricar, y que perdais las ventajas adquiridas sobre ellos durante este santo tiempo de los Ejercicios; y para manteneros en la posición en que estais, es menester armaros de la frecuencia de los sacramentos; puesto que conviene más que á cualquiera otro, á los eclesiásticos, como ministros de los santos altares. Si frecuentais los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía, adquirireis una gran fortaleza para continuar hasta la muerte, el género de vida que habeis resuelto seguir: la razón de esto está fundada en una doctrina muy común entre los teólogos y enseñada por el angélico doctor Santo Tomás. Cada sacramento tiene por efecto propio conferir la gracia sacramental que añade á la gracia santificante ciertos auxilios de Dios, propios para obtener el fin del sacramento. «La gracia sacramental añade á la gracia ordinaria un auxilio divino para obtener el fin del sacramento.» ¹ Yo no os creo tan desprovisto de la ciencia teológica tan propia de vuestro estado para no comprenderme bien: sin embargo, me explicaré por medio de algunos ejemplos muy claros.

El fin del sacramento de la Confirmación, es, fortalecer al cristiano para que confiese la fé sin temor. Además de la gracia habitual que aumenta, este sacramento excita á declararse por Jesucristo, aun en presencia de los tiranos, y á sacrificar más bien su cabeza bajo el hacha del verdugo, que ser infiel al compromiso que ha contraído de combatir por Dios. El sacramento de la Extrema-Unción está destinado

¹ Gratia sacramentalis addit super gratiam communiter dictam quoddam divinum auxilium ad consequendum sacramenti finem. D. Thom. 3, part. q. 62, art. 2.

á fortalecer en la última lucha; por consiguiente, además de la gracia habitual, nos comunica la energía para resistir en nuestra última hora, á las tentaciones del infernal enemigo: porque entonces se muestra Satanás tanto más furioso, cuanto que ya nos queda menos tiempo que vivir. El sacramento del Matrimonio tiene por fin reunir dos nuevos esposos por los lazos del amor conyugal, para que, de acuerdo los dos puedan educar á sus hijos en el santo temor de Dios; por consiguiente, confiere, además de la gracia habitual, auxilios especiales, para llevar con alegría y con paciencia la pesada carga del matrimonio. Bien sabéis que el fin del sacramento de la Penitencia, es curar el alma de sus llagas mortales, y devolverle, con la paz de la conciencia una durable y perfecta salud. Además de la gracia habitual, confiere los auxilios necesarios para no recaer en las miserias pasadas. Sabéis pues por experiencia, si confesáis frecuentemente á los penitentes, que aquellos que se confiesan á lo menos una vez cada semana, nunca tienen que confesar, ó por lo menos, rara vez llevan al tribunal de la penitencia un pecado mortal. Por el contrario, aquellos que no se confiesan sino una vez al año, ó algo más frecuente, vienen siempre cargados de pecados. ¿De dónde viene esta diferencia? ¿Es que los unos no son tentados por el demonio y acometidos de mil peligros como los otros? La diferencia está en lo que vamos á decir: los segundos reciben menos auxilios de parte de Dios para resistir, mientras que los primeros los reciben más abundantes á causa de sus frecuentes confesiones; y estos auxilios concedidos con abundancia á los que frecuentan el sacramento de la Penitencia, son las armas que debéis tener contra las tentaciones, para que podáis perseverar; pues este sacramento quitará las fuerzas al tentador y acrecentará las vuestras. Siendo interrogado el demonio por un sacerdote, y viéndose forzado por los exorcismos á dar á conocer cuál es el arma más poderosa de que dispone la Iglesia para vencerlo, respondió: «No hay cosa en la Iglesia que nos haga más perjuicio y nos quite las fuerzas como la

confesión frecuente.» ¹ Nunca pues, os quejeis de la fuerza de las tentaciones ó de vuestra fragilidad, porque estas no son excusas suficientes. Si sois débil, recobrad la fortaleza y procuraos esas armas poderosas que Dios os preparó por su sangre y por los méritos de su dolorosa Pasión; y no solamente debéis armaros de las fuerzas que os ofrece la frecuente confesión, sino también de las que os proveerá la frecuente comunión, sea que seais ya sacerdote, ó que no siendo todavía promovido al sacerdocio, no tengais el honor de celebrar el santo sacrificio de la misa. La Eucaristía es el alimento del alma, á la cual fortifica contra sus enemigos. Y así como la vida corporal no dura, si el hombre no se alimenta con frecuencia, así la vida espiritual no dura tampoco, si el hombre no se acerca frecuentemente á la mesa eucarística. En el paraíso terrenal plantó Dios el árbol de la vida; y comiendo Adán de sus frutos, en el estado de justicia original, habría permanecido inmortal. No obstante, el Maestro de las sentencias observa, que para obtener este resultado, era menester que no solamente una vez comiese de este fruto, sino que lo tomase frecuentemente. Así lo ha ordenado Dios en el paraíso terrenal de su Iglesia: ha plantado allí otro árbol de una vida incomparablemente mejor, y cuyos frutos nos hacen incorruptibles é inmortales. «El que come este pan vivirá eternamente. Si alguno come de este pan, vivirá eternamente. He aquí el pan que ha descendido del cielo para que el que lo come no muera.» ² Mas observad que este alimento se llama pan, y que tiene por efecto dar la inmortalidad, es decir, la perseverancia en el bien. Por esto quiso Jesús hacernos entender que así como el pan es el alimento más ordinario de que se acostumbra para mantener la vida corporal, así debemos servirnos frecuentemente de la Eucaristía para mantener la vida espiritual. El

¹ Nihil est in Ecclesia, quod tantum nobis noceat, quod sic vires nostras enervet, quam frequens confessio. Cæsar, lib. II, c.

² Qui manducat hunc panem, vivet in æternum. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum. Hic est panis de celo descendens, ut si quis ex ipso manducet, non moriatur. Joan. VI, 59, 52, 50.

santo concilio de Trento llama á este pan divino, ya, un antidoto que preserva de las culpas mortales: «Un antidoto que nos preserva de los pecados mortales;»¹ ya, la vida y la perpetua salud del alma: «La vida del alma y la salud perpetua del espíritu.»² Mas en el mismo pasaje, requiere, para que produzca este efecto, el uso frecuente y continuo del sacramento. Desgraciado aquel que pudiendo por un medio tan fácil hacerse inmortal, quiere privarse de alimento y morir de hambre. El profeta Isaías compadece al pueblo hebreo que será derrotado, arrastrado en esclavitud, cargado de cadenas por las tropas romanas: prevee sus futuras desgracias con tal certidumbre, que parece hablar de cosas pasadas; y recuerda de una manera muy particular las cosas más lamentables, como por ejemplo, que la nobleza perecerá por falta de pan. «Los nobles han muerto de hambre.»³ Con mas razón todavía pueden derramarse lágrimas sobre la desgracia de muchos eclesiásticos, que habiendo sido elevados entre el pueblo cristiano á un puesto más noble, mueren de hambre por pura negligencia: privándose del uso frecuente de la santa Mesa, se privan del alimento de los fuertes, y por consiguiente, recaen muchas veces en las mismas faltas. Fortifícaos pues por el uso frecuente de este alimento, si quereis resistir al enemigo, porque ahora más que nunca tratará de hacerse de nuevo dueño de vuestra alma, después que habeis podido escaparos felizmente de sus manos.

II

Por otra parte, serviría muy poco á un soldado el ser robusto y estar bien armado, si no quisiera resistir al enemigo cuando éste viene á atacarle; pues entonces sus armas y su fuerza no servirían sino para hacer más vergonzosa su de-

¹ Antidotum quo a peccatis mortalibus præservamur. Sess. 13, c. 2.

² Animæ vita et perpetua sanitas mentis. Sess. 13, c. 8.

³ Nobiles ejus interierunt fame. Is. V, 13.

rrota. Quiero decir, que no debeis contentaros con estar armado y fortalecido por la frecuencia de los sacramentos; sino que, si en el tiempo pasado, habeis contraído algunos malos hábitos, debeis resistir, reprimirlos, y emplear todas vuestras fuerzas para arrancarlos hasta sus raíces más profundas; pues de otra manera no perseverareis en el bien emprendido. Poned pues, todos vuestros cuidados en dominar este enemigo doméstico, en arrojar de su trono á ese tirano, que haciéndose dueño de vuestra voluntad, manda como déspota á todas las potencias de vuestra alma y á todos los sentidos de vuestro cuerpo. Pensad bien, que mientras más dilateis en subyugarlo, más contribuis á afirmar su poder tiránico, con peligro para vos, de recaer en el pecado y de condenaros. Mas direis tal vez: ¿cómo podré dominar un enemigo tan poderoso, cuando me parece que mi voluntad está encadenada con indisolubles lazos? Sí, bien sé que no es fácil destruirlo, sobre todo, cuando ha crecido con el tiempo, y se ha hecho dueño de las potencias del alma, derramando en cada una de ellas gran parte de su veneno. Mas, por difícil que sea la empresa, nó es imposible. ¿Quién ha estado más dominado por los hábitos de un amor profano, que una Magdalena y un Agustín? Y no obstante, pudieron triunfar de estas malas inclinaciones, y llegar á ser, después de su conversión, modelos de castidad, así como antes habían dado tristes ejemplos de incontinencia. El medio de expulsar completamente este enemigo interior, nos fué indicado por Jesucristo, cuando libró á un desgraciado que estaba poseído del demonio desde los primeros años de su infancia. Esta clase de demonios, dice el Salvador, no pueden ser arrojados sino por la mortificación y la oración, «Esta clase de demonios no pueden ser arrojados mas que por la oración y el ayuno.»¹ Así lo hizo, y así nos enseña San Agustín, un gran maestro, muy versado en este género de combate. «Debeis, dice, hacer de vuestra parte lo que podais,

¹ Hoc genus (dæmoniorum) in nullo potest exire, nisi in oratione et jejuniis. Marc. IX, 28.

por la mortificación, y pedir por la oración lo que no podáis hacer. ¹ » Haced lo que podeis, mortificando la mala costumbre por los actos contrarios. Si sois impaciente y faltais al respeto al nombre de Dios en vuestros arrebatos, acostumbraos á alabar á Dios, á bendecirle frecuentemente, á darle gracias muchas veces al día, porque os trata mejor de lo que mereceis, á ofreceros á recibir de su mano todas las adversidades con que juzgue oportuno castigaros, y á consideraros digno de ser tratado siempre más mal por vuestras iniquidades. Si estais envidioso del bien de otro, y sentís disgusto de que vuestros competidores, elevados á un puesto mejor que el vuestro en la Iglesia, obscurecen el brillo de vuestros méritos, acostumbraos á alegraros del bien que acontece á los otros, y aun rogad al Señor por vuestros enemigos; suplicadle que derrame sobre ellos los tesoros de su gracia; ayunad algunas veces para corregir vuestros excesos de intemperancia; afectad hablar bien de todos para corregir vuestra inclinación natural á decir mal de los otros: sed liberal con los pobres para desarraigar esa codicia que os llevaba á adquirir riquezas. Creedme, de este modo llegareis á formaros un hábito del todo contrario, que os hará el bien tan fácil, como antes os era natural el mal. Sobre todo, la penitencia que llamamos exterior, sirve para arrancar los hábitos arraigados en el alma. «Las penas satisfactorias, quitan, por un efecto contrario los vicios y los hábitos, fruto de una mala vida. ² » Esto es lo que os enseña el Concilio de Trento. ¿Sabeis cómo hace la serpiente para despojarse de su antigua piel, y cómo hace el fénix para renovar sus viejas plumas? La primera se frota contra una piedra rasposa y soporta las asperezas que le pican: el segundo hace de sí mismo una hoguera, consintiendo en sufrir el ardor de ese fuego que le consumirá: y de esta suerte los dos consiguen revivir bajo una forma más bella. Así las austeridades de una severa penitencia, los rigores de una penitencia li-

¹ Facere quod possis et petere quod non possis.

² Satisfactoriæ pænæ vitiosos habitus male vivendo comparatos, contrariis actionibus tollunt. Sess. XIV, cap. 8.

brenemente aceptada, os liberrarán de vuestros antiguos hábitos de pecar. Rechazad á vuestros ojos alguna hora de sueño, porque fueron tan fáciles en dirigir sus miradas á los objetos peligrosos: dad á vuestra carne algunos golpes de disciplina, á fin de que en lo de adelante se acuerde que debe ser una esclava sometida á la razón: prohibid á vuestra lengua que guste algunos alimentos delicados que se sirven en vuestra mesa, porque ha sido demasiado pronta en alimentarse de la reputación del prójimo. Para corregir de sus vicios á un caballo reacio, es menester el látigo y la espuela; pues si solamente lo acariciáis, siempre permanecerá vicioso. Así vuestro cuerpo, si le concedéis toda clase de comodidades, si buscáis en el lecho, todo lo más suave, en la mesa, todas las delicadezas, en las conversaciones todos los pasatiempos, sin rehusar nunca una satisfacción á vuestras pasiones, ¿cómo podeis esperar con razón el corregiros y no volver á recaer en los pecados pasados? El campo que no está protegido por una cerca de espinas, pronto es devastado. «En donde no hay cercado está la propiedad expuesta al pillaje. ¹ » Después de haber hecho todo lo que podáis por la mortificación, no creais todavía haber vencido al enemigo y desarraigado los malos hábitos; no fieis en vos mismo, sino recurrid á Nuestro Señor por la oración, para obtener lo que vos no podeis hacer. ² Dios nos previene con su gracia, para que con ella podamos dar los primeros pasos en el camino de la salvación; pero regularmente, no continúa ayudándonos, si no dirigimos á su trono nuestras súplicas para obtener su socorro. Esta gracia de la oración no falta á nadie, aunque falten otras, y se puede siempre, orando, obtener mayores gracias todavía. Así pues, para no caer, y perseverar en el bien, recurrid á Dios de día y de noche, á mañana y tarde; y nunca dejes de orar mientras vivais. «Es menester orar siempre y nunca dejar de orar. ³ » No quiero

¹ Ubbi non est sepes, diripiatur possessio. Eccli. XXXVI, 27.

² Facere quod possis, petere quod non possis.

³ Oportet semper orare et non deficere. Luc. XVIII, 1.

hablar de una oración vocal cualquiera, dicha con espíritu distraído, con un corazón sin deseo fijo. Quiero hablar del modo de recurrir al Señor, con una súplica ferviente de no perecer, como la dirigiríais á Dios, si estando en posesión de una gran fortuna, y en medio del mar, nouviéseis esperanza más que en él para escapar á un inminente naufragio. El que no tiene bastante fuerza para luchar cuerpo á cuerpo, y dominar á su enemigo, debe invocar la ayuda de aquel que puede sostenerlo en esta peligrosa prueba: si sois débil para resistir á la funesta inclinación del mal hábito, ¿porqué no sacáis vigor en la oración, que es un medio tan sumamente fácil? No hay cosa más fácil á un pobre que el pedir; y la oración es un medio sumamente eficaz; pues Dios ha empeñado su palabra cuando ha prometido no rehusar ninguna cosa necesaria para la salvación, al que lo implore con constancia y con fé. La oración es un medio de suma necesidad; y como dice San Agustín, no concede Dios á nadie el don de la perseverancia, si no se le pide en la oración.

III

Para vencer enteramente al enemigo, no basta emplear la fuerza, es menester también saber evitar los encuentros peligrosos. Quiero decir, que no basta combatir los malos hábitos, es menester también huir prudentemente las ocasiones del pecado. No os fieis en las santas resoluciones que habeis tomado en estos días; pues no permaneceréis firme, sino que caereis más bajo que antes, si os exponeis á los antiguos peligros. Los Hebreos, antes que Nabucodonosor los hubiera llevado como esclavos, habían ocultado en una cisterna muy profunda y sin agua, el fuego siempre encendido que servía á los sacerdotes en el templo. Después de muchas generaciones, sus descendientes, que habían sido puestos en libertad por el rey de los Persas, corrieron á descubrir el lugar donde había sido escondido el fuego; mas en lugar de éste,

no encontraron sino agua turbia y lodosa. No importa, dijo entonces el virtuoso Nehemías; no importa, que se rocíe con esta agua la leña del sacrificio, y vereis como todavía no ha perdido las propiedades del fuego. ¡Oh admirable prodigio! He aquí que estas gotas de agua derramadas en la leña seca, son como chispas de fuego, serpentean silbando al través de la hoguera y consumen todo en un instante. «Un gran fuego se encendió, de suerte que todos quedaron llenos de admiración.»¹ Yo quiero creer que el fuego de vuestras pasiones que fueron tan ardientes, está enteramente extinguido, y se ha cambiado en amarguísimas lágrimas de contrición; mas no obstante, guardaos de acercar leña á ese fuego, aunque esté extinguido con abundantes lágrimas; porque reanimaríais tal incendio, que vos mismo que lo habíais excitado, seríais el primero en sorprenderos. ¿En qué os fundais para prometeros que no prevaricareis de nuevo, si de propósito deliberado os exponeis á las ocasiones peligrosas? ¿Es acaso en vuestras propias fuerzas, que ya habeis tenido ocasión de conocer que son muy débiles? Otros cristianos más adelantados que vos en la perfección, se han reconocido débiles en iguales circunstancias: y vos no podeis creer que sois superior. ¿Contais con una especial asistencia de Dios? Bien sabeis que la providencia de Dios, que ordinariamente no hace milagros sin necesidad, no emplea tampoco medios escogidos, cuando un medio más ordinario puede conducirnos al fin. El que se arroja voluntariamente en medio de los peligros, no puede esperar una especial protección del cielo. Y así dice el Sabio: «El que ama el peligro, perecerá en él.»² Aun cuando hubiérais evitado una caída, nó cediendo ante la ocasión, habríais caído, por el hecho de haberos expuesto al peligro próximo de pecar: pues no peca solamente el que se deja vencer por la ocasión, sino también el que no huye de ella.

¹ Accensus est ignis magnus, ita ut omnes mirarentur. 2 Mac. I, 22.

² Qui amat periculum, in illo peribit. Eccli. III, 27.

Aquí pretendo convencerlos á huir no solamente las ocasiones próximas de pecado, que se deben evitar por necesidad de precepto; sino también á huir las que se deben evitar por necesidad de prudencia y por un principio de buena dirección, en las cosas del alma. Esto es verdad, particularmente en los eclesiásticos, en los cuales una ligera apariencia de mal, llama la atención de los seglares, y llena al pueblo de asombro. Estas ocasiones disponen de lejos al alma al pecado; son como los exploradores en un ejército; porque los exploradores no combaten ni dan muerte á nadie; mas no obstante, abren el camino á los soldados que combaten, y llevan todo á fuego y sangre. De este género son los libros profanos, aun cuando no sean obscenos, los juegos, las visitas, las fiestas mundanas, las diversiones, las conversaciones sobre materias indiferentes, los vestidos lujosos, los goces de la vida y otras cosas semejantes de las cuales debéis usar con moderación. En efecto, si por una parte, no hay que faltar á las relaciones de sociedad, y á las buenas maneras, por otra, es menester, lo cual es muy importante, no causar perjuicio á su alma y á su salvación. Muy particularmente guardaos de conversar con personas del otro sexo, aunque sean espirituales, ó dirigirles cartas, aun de cosas espirituales, cuando no están bajo vuestra dirección; para que no os suceda lo que el Apóstol reprocha á los Gálatas, «de haber comenzado por el espíritu y acabar por la carne.»¹ Si estais obligado por vuestro oficio á tratar con ellas, tomad la precaución verdaderamente digna de un eclesiástico, que tomó San Hugo: pues durante los cuarenta años que gobernó su iglesia, se veía obligado á tratar con toda clase de personas, y nunca fijó sus miradas en el rostro de ninguna mujer. Es menester también que vuestras conversaciones con otros eclesiásticos, de buenas costumbres, sean para vos un descanso conveniente, y nó una disipación de espíritu. Retiraos de tantos pasatiempos, y tened todos los días vuestras horas para sustraeros al trato de los hombres, para

¹ Cum spiritu cœperitis, carne consummemini, Galat. III, 3.

tratar con vos solo y con Dios; y nunca dejeis este ejercicio por numerosas que sean vuestras ocupaciones. Así lo hacía David «todos los días.¹» Dejando las reuniones públicas, en las cuales se veía obligado á presentarse como rey, cambiaba de traje y de papel, y se dedicaba á vivir como un ermitaño contemplativo, en su gabinete real. Cuán útiles serán para vos esa huida del público y esas horas de soledad, todos los días, para obtener la perseverancia en la virtud. Sin esta perseverancia, nó bastará el bien ya comenzado, para conducirlos á la eterna felicidad que os deseo. «Nó es el que ha comenzado bien, sino el que persevere hasta el fin, el que será salvado.»²

¹ De die in diem. Ps. LX, 9.

² Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. Matth. XXIV, 13.